NOCHE DE ESTRENO

por Arthur W. Carmichael

Todos celebraron el gran éxito conseguido por la película... Todos, claro está, menos la viscosa masa de plástico que se hacinaba junto a otros extraños seres en el "cementerio de monstruos" de la productora.

Dorothy subió apresuradamente las escaleras del campanario. Su respiración era agitada y sus ojos, muy abiertos, denotaban un pánico cerval:

—¡Auxilio! —gritó desesperada.

No había escapatoria. Las únicas salidas posibles eran las grandes ventanas de forma ojival a cincuenta metros sobre el suelo. En la bóveda revoloteaban asustados algunos pájaros a los que la precipitada carrera de Dorothy había despertado. La ominosa silueta de las campanas se cernía sobre la aterrorizada mujer, que volvió a pedir inútilmente ayuda.

—¡Socorro! ¡Socorro! —exclamó.

Cuando el eco de su voz se perdió, el silencio de las alturas fue dejando paso a un sonido áspero y cadencioso. Algo se arrastraba ascendiendo por las escaleras de madera. Un fatigoso jadeo era indicio de que aquello trataba de alcanzar la cima del campanario. Dorothy se acurrucó en el rincón más oscuro de la estancia, abierta a todos los vientos, y hasta sus oídos fue llegando, cada vez más cercano, el crujido de las maderas al ser holladas por las deformes patas de la nauseabunda criatura. Simultáneamente, un arrastrarse continuo delató el fatigoso acarreo de la cola del monstruo. Los escalones se fueron hundiendo bajo el peso de aquella criatura del averno. Su respiración asmática llenó el ámbito del campanario y se transformó en un ronco quejido ya muy cerca de la cima del torreón. Finalmente, todo el espacio de la puerta de acceso a la habitación de la bóveda fue ocupado por una palpitante masa gelatinosa que se estremecía a los impulsos de agitados estertores. Dorothy se sintió morir cuando la sombra de aquel ser se cernió sobre ella. El monstruo avanzó tambaleándose y emitiendo un áspero sonido que en el fondo era un tributo de admiración a la bella criatura a la que amaba con todas las fuerzas de su negro corazón. Deseaba abrazarla y hacerla suya,

a pesar de lo cual, dio un paso más y abrió seis gelatinosas patas tentaculares que se adelantaron anhelantes hacia la pálida piel de la mujer. Dorothy dio un grito desgarrador al sentir el contacto de aquellas extremidades provistas de ventosas. Un segundo más y se encontraría entre los brazos de la criatura.

De pronto se oyeron pasos en la escalera. Alguien subió precipitadamente el último tramo y el agente Norton hizo su triunfal aparición. El monstruo vaciló un segundo, lo que le resultó fatal. El agente, desenfundando velozmente su pistola, disparó a quemarropa sobre la escamosa piel, y la criatura se llevó un tentáculo a la zona que había sido alcanzada por las balas. Luego, pasando por delante de Dorothy, se tambaleó, fue a chocar contra una de las campanas y, acompañado por el tañido metálico, se precipitó por el vacío.

El agente Norton miró en dirección donde se encontraba Dorothy, la cual, emprendiendo una veloz carrera, se refugió en sus brazos. La música se hizo estridente, y sobre los rostros de los protagonistas apareció la palabra «fin».

El amplio salón rebosaba de invitados que rivalizaban en elogios a las estrellas del film y en devorar canapés de salmón ahumado. El estreno, a juzgar por la reacción del público, podía considerarse un éxito completo, y tan sólo faltaba la opinión de los críticos para corroborar el triunfo de la nueva producción.

—Oh, querida —cloqueó una dama madura—, ha sido un trabajo insuperable. Es usted divina.

Mónica sonrió halagada y restó importancia al hecho moviendo negativamente la cabeza.

—Divina, divina —repitió la dama entusiasmada.

—Algo más que divina —añadió Roberto Montale—. Supradivina.

Mónica esbozó una carcajada que se quedó en una sonrisa sabiamente estereotipada. Solamente se permitía reír dos o tres veces por semana. La delicada piel de su rostro no debía ser sometida a excesivas tensiones.

—¡Supradivina! —volvió a decir Roberto satisfecho del adjetivo.

—Supramariposón —dijo Virginia al oído de su acompañante—. ¡Qué tipejo!

—Y tú, Richard —añadió Roberto mirándole con un entusiasmo que no pasó inadvertido para los presentes—. Tú también estás divino —dijo, sin atreverse a aplicarle el superlativo por temor a las iras de Mónica.

—Sois todos divinos —declaró Mónica, que no se caracterizaba por su facilidad de palabra—. ¡Supradivinos! —añadió un segundo antes de advertir que aquella palabra no era invento suyo.

—Lástima que Charly no pueda estar también aquí para celebrarlo —dijo alguien.

—Una verdadera pena —subrayó uno de los productores mirando severamente al inoportuno.

—Quién sabe si no estará aquí en espíritu acompañándonos —adujo una figurinista delgaducha ajustándose las gafas sobre la nariz.

De la misma forma que un chorro de agua sabiamente dirigido apaga una hoguera, asimismo se extinguió rápidamente el ambiente festivo de la

reunión a causa de aquella inoportuna evocación. Los invitados acercaron las copas a sus labios para excusarse de hacer comentarios acerca del lamentable accidente. El silencio se hizo tan denso que podía oírse el burbujeo del champán. El veterano Lewis M. que, a causa de su sordera no se había enterado de lo que había provocado tan repentino silencio, exclamó:

—¡Por todos los diablos, creo que ya estoy definitivamente sordo! ¿Me oyes Rita? —añadió dirigiéndose a su mujer.

Mónica, con la inconsciencia propia de una rubia explosiva, soltó la carcajada al escuchar aquel comentario de Lewis, y como si aquello hubiera sido una señal, todo el mundo comenzó a charlar animadamente y las aguas volvieron a su cauce.

La figurinista delgaducha, que ocasionalmente sufría crisis místicas, deseosa de una cierta admiración, continuó en silencio contemplando fijamente un cuadro abstracto del que era autora la propia Mónica. Supuso que aquella nauseabunda mezcla de colores y la incoherencia del dibujo eran un buen punto de partida para intentar concentrase en su mundo interior. Pensó en Charly y en el desgraciado accidente que le costó la vida. Se concentró tanto que no advirtió que el champán de su copa estaba cayendo sobre los pantalones de un productor.

—Pero, ¿qué hace, estúpida? —gritó él dando un salto.

—Lo veo, lo veo —exclamó la figurinista mareada por la contemplación del cuadro abstracto— ¡Lo estoy viendo!

—Si lo está viendo, ¿por qué no tiene más cuidado? —refunfuñó el productor.

—¡Veo a Charly! —exclamó la figurinista alucinada por el paso de luna bandeja de canapés de caviar ante sus narices. La extrema delgadez de su figura la conseguía a base de drásticas dietas que agudizaban sus supuestas percepciones extrasensoriales.

—¡Aguafiestas! —dijo alguien.

—¡Valiente majadera —comentó Richard—. Que se vaya a dormir la mona a otra parte.

—¿Qué es lo que ve? —preguntó Mónica fascinada porque la figurinista no apartaba los ojos de su cuadro.

—Veo a Charly.

—Si está muerto —repuso Mónica ligeramente alarmada.

—Está muerto —repitió la figurinista ausente—. Está muerto… y sin embargo desearía estar aquí con nosotros. Nos quiere. Ama desesperadamente a alguien y odia a otra persona con la misma intensidad.

—Ethel, por favor —comentó su amiga Marion— . Te ruego que comas algo, te vendrá bien.

—Se estremece en su tumba —casi gritó la figurinista. El mareante cuadro la tenía hipnotizada—. ¡Qué horror! ¡La ventana, la ventana! — exclamó.

Algunos invitados se aproximaron a la ventana. Los estratégicos reflectores iluminaban caprichosamente el jardín y su tono verdoso añadía matices clorofílicos a las plantas. Algo se movió entre los arbustos, y durante un segundo las sombras producidas por las ramas de un árbol dibujaron sobre las aguas de la piscina la silueta de un hombre

ahogado. Después la ilusión se desvaneció. Virginia Montel, impresionada, se suministró una generosa dosis de ginebra y se la echó a coleto sin respirar.

—Vaya un lingotazo —comentó Roberto.

—¡Basta! —gritó finalmente Richard—. ¡Ya basta! —repitió, cubierto el rostro por una palidez mortal.

En aquel momento, la figurinista se desmayó exhausta, quién sabe si hambrienta, y algunas almas solícitas se apresuraron a aproximar a sus labios una copa de brandy y algún canapé de salmón. Al poco tiempo, la espiritista aficionada se hallaba recuperada y convalecía sentada confortablemente en un sillón con una bandeja de dulces al alcance de su mano. Su mirada se había vuelto tierna bajo el influjo benéfico del salmón.

—¡Los periódicos! —exclamó alguien entrando en el salón con una brazada de diarios.

Uno de los guionistas se apoderó de ellos y, yendo directamente a la página de espectáculos, comenzó a leer en voz alta.

—«Un nuevo triunfo de los Estudios Reunidos —comenzaba la crítica, y después de analizar detenidamente la película y la labor de su director, se dedicaba a elogiar la labor de los intérpretes—. Mónica Dorothy, la atribulada joven que se ve asediada por un extraño ser que se ha enamorado de ella. Nuestra gran estrella sale sobradamente airosa de este difícil papel. La bella triunfa de nuevo sobre la bestia. Richard Ryan, en el rol del detective Norton, nos ofrece otra gran creación digna de aquellas a las que nos tiene acostumbrados... —el guionista hizo una pausa para continuar con voz más contenida—. Hemos de reseñar también, aunque a título póstumo, la difícil labor del extinto Charly Logan en el papel del monstruo. Un desgraciado accidente puso fin a su vida tras el rodaje de la última secuencia, la subida a la torre. Parece ser que durante la filmación se rompió un dispositivo de seguridad y se precipitó desde una altura de veinte metros. La complejidad del disfraz que vestía le impidió reaccionar con presteza y se estrelló contra el suelo del estudio. Nuestro más sincero homenaje...»

Nuevamente se cernió sobre los reunidos un clima de tragedia. Richard Ryan, muy pálido, se hallaba apoyado en el brazo de un sillón. Mónica trataba de confortarlo acariciando su mano. Finalmente, después de que se hubieron leído todas las críticas, los invitados se despidieron.

—¿Qué le pasó a Logan? —preguntó Lewis M. a su esposa. Esta trató de conducirle hacia el vestíbulo.

—¿Qué le pasó, por todos los diablos?

—Que se mató —repuso al fin su esposa.

La luz de la luna iluminaba la gran mole de los Estudios Reunidos. En las calles interiores se amontonaban fragmentos de decorados, focos inservibles, latas de pintura. Un vehículo en el que hacían la ronda dos vigilantes rodaba parsimoniosamente por una calle de Nueva York y un segundo después entraba en el poblado del Oeste.

Al terminar el recorrido de inspección por el exterior, los dos vigilantes se apearon del vehículo y, descorriendo la pesada puerta metálica, entraron en el edificio que albergaba los platós más importantes. Sus figuras se empequeñecieron ante las inmensas proporciones de aquel ámbito, y sus pasos resonaron produciendo un eco múltiple.

En cierto momento uno de ellos creyó percibir un ruido procedente de un almacén de efector y entraron a comprobar si todo estaba en orden. Montañas de enseres utilizados en la filmación de diferentes películas, esperando ser de nuevo repintados con destino a otra producción, reposaban en gran desorden. Los dos vigilantes caminaron entre palmeras de cartón piedra, columnas de madera, sillones destripados, pero, por más que registraron detenidamente todo el almacén, no hallaron nada anormal. Finalmente, se aproximaron al fondo de la estancia donde reposaban el gran monstruo que había sido utilizado en la última película estrenada por el estudio. La confección de aquella criatura había sido tan esmerada que, aun sabiendo que se trataba de un disfraz, era imposible no experimentar un cierto temor al acercarse a ella. Sus tentáculos , de material plástico, parecían rezumar todavía nauseabundos fluidos. La enorme cabeza provista de un curvado pico, desmadejada ahora, no parecía menos terrorífica que cuando había sido manejada por el pobre de Charly. EL deforme cuerpo de la bestia, deprimido por el vacío interior, parecía a punto de hincharse agitado por una repentina respiración.

—¿Qué te parece Tony? —preguntó uno de los vigilantes.

—Me asusto cada vez que lo veo. Debe medir más de dos metros y medio —repuso el interpelado—. Cuando la pasen al Capitol llevaré a mi mujer a verla. Le encantan las películas de terror, se conoce que se encuentra favorecida entre tanto monstruo.

—Parece que todo está en orden.

—Se habrá caído alguno de estos cachivaches. ¡Espera un momento! —dijo bajando la voz—. Me ha parecido...

—¿Qué hay?

—No, nada. ¿No te parece que la cola de ese bicho está mojada?

—Que va —repuso el primero—. Es la pintura que brilla.

—Es que he creído que algo se movía...

—¿Aquí?

—Como si esa cosa se estremeciera... —musitó el vigilante bajando la voz.

—Vamos, Tony, es de plástico.

—Eso es lo que no me gusta. Es tan viscosa... A mí me hacía más gracia el monstruo de Frankenstein, parecía de cartón y escaloya, no como éste, que da la impresión de estar recién salido de una charca, tan brillante...

—Está bien. Vamos —dijo el primer vigilante—. ¿Qué le pasó al tipo que estaba dentro?

—Murió durante el rodaje. Tenía que lanzarse desde una ventana construida en el estudio y caer sobre una red muy segura, pero por alguna razón los soportes de la red fallaron y se estrelló contra el suelo. Murió antes de que tuvieran tiempo de sacarle de dentro del monstruo. Como dijo el productor, menos mal que aquella era la última secuencia en la que intervenía.

Los dos hombres, charlando animadamente, abandonaron el almacén. Uno de ellos, no obstante, no dejaba de volver la cabeza de vez en cuando para asegurarse de que todo estaba en orden.

Mónica oprimió el interruptor y la piscina quedó a oscuras. Dio otra vuelta a la llave y los reflectores que prestaban al verde de los árboles un verde aún más intenso se apagaron dejando sumido al jardín en la más absoluta oscuridad. Una vuelta más y la horrenda escultura del estanque dejó de lanzar agua por la boca entreabierta.

Richard se levantó del sillón, y depositando su copa sobre la mesa, se dirigió hacia la puerta del salón.

—¿Dónde vas? —preguntó Mónica.

—A buscar mi abrigo. ¿Quieres decir a Perla que me lo traiga?

—Le he dado la noche libre —repuso Mónica—. Yo pensaba...

Richard permaneció de pie en medio de la estancia y miró retadoramente a Mónica como exigiendo el final de la frase interrumpida.

—No hay nadie —repitió ella sintiendo que él esperaba una réplica, aunque no fuera aquella.

—¿Qué pensabas? —insistió él sin compasión

—Puesto que te has quedado último...

—¿Qué?...

—Qué pasaríamos la noche juntos.

El introdujo las manos en los bolsillos de su pantalón y estalló en una carcajada forzada.

—¿Y qué es lo que te ha inspirado ese pensamiento, si puede saberse?

—Oh, Richard, desde aquel día no hemos vuelto a vernos.

—Tengo que soportarte a todas horas en el plató.

—A solas, quiero decir —repuso Mónica.

—¿Crees que después de lo que pasó podríamos vernos de nuevo a solas?

Horrendos ojos parpadearon somnolientos dejando ver una córnea sangrienta. Un curvado pico se estremeció entreabriéndose para dejar paso a una gelatinosa lengua bífida. El deprimido pecho se agitó levemente, y algunos tentáculos se estremecieron contrayéndose mientras otros se agitaban temblorosos. Toda aquella masa informa fue sacudida por una vibración epiléptica durante unos instantes. Después la clama volvió al almacén de los estudios.

En alguna zona de la ciudad, allá donde crecen los cipreses, una lápida fue removida por fuerzas cuya naturaleza no es prudente describir.

—Te ruego que me digas dónde está el abrigo.
—Sólo por está noche —suplicó Mónica.
Richard permaneció de pie con un gesto de obstinación en su rostro.
—Te lo suplico —insistió ella.
—Es tu orgullo lo que habla por ti, Mónica. Esta noche ha sido la de tu triunfo, y no quieres hacerte a la idea de que ya no estoy sometido a tus caprichos.
—No me hagas esto, Richard.
—Deseas que todo acabe con broche de oro, ¿verdad? Sigues considerándome como un objeto al que puedes manejar a tu antojo.
—No te arrepentirás, te lo prometo.
—No puedo arrepentirme más de lo que ya lo estoy. Lo que lamento es tener que actuar fuera del plató también y mostrarte un afecto delante de los demás que ya no siento en absoluto.
—¡Te necesito! —gimió ella.
—Pobre Charly. ¿No escuchaste nunca esa frase de sus labios?

La fuerza del amor transformada en capacidad de odio. El deseo de venganza más fuerte que la muerte. Manos deshojadas tiemblan bajo el peso de la losa que al fin se derrumba y se agrieta al chocar contra el suelo. La brisa de la noche no vivifica el espantoso semblante, sino que lo rodea sin acariciarlo.
Una sombra se desliza confundiéndose con los oscuros arbustos. La luz de la luna no se atreve a rozar aquella fugitiva forma que desprende su propia luz negra. Un rastro de podredumbre es la estela de aquel navío descarnado que se eleva flotante sobre la alta tapia y abandona el jardín donde reina la eterna quietud.
Nuevas ondas epilépticas recorren la callosa piel del monstruo. Olas de temblores provocan una tempestad cuyos últimos estertores mueren cerca ya de la escamosa cola. Los ojos parpadean todavía sin ver. Garras y ventosas se estremecen a las órdenes de todavía lejanos impulsos. El pecho se abomba en un ensayo torpe de fatigosa respiración. Los vigilantes de los estudios juegan a las cartas sin sospechar que está tomando vida aquello que la tuvo dentro de la pantalla.
La sombra ejecuta un pavoroso y lentísimo salto y se adentra en el reino de la fantasía. Las calles de los estudios contemplan el paseo de la fantasmal figura que se apresta a ejecutar de nuevo el papel que interpretara cuando le sorprendió la muerte.

—¿Por qué, entonces, has procurado ser el último en marcharte?
—Quizá buscaba provocar esta situación para lanzarte a la cara una negativa tajante.
—¿No puedes olvidar lo que sucedió hace ya varios meses? —preguntó Mónica adelantándose unos pasos.

—Reconozco que soy tan ruin que había comenzado a hacerme a la idea de que un asesinato no es algo demasiado grave si permanece a la sombra.
—¿Es necesario que hables de eso ahora?
—La visión de la película me ha sacado del error en que me encontraba. ¿Me equivoco si digo que has cerrado los ojos para no contemplar la secuencia final? Yo los he mantenido bien abiertos, y he visto lo que el público nunca contemplará. He visto al pobre Charly estrellarse contra el suelo dentro de aquel ridículo disfraz. Y te he visto a ti pidiéndome que aflojara el mecanismo que sostenía la red. ¡Oh, Dios santo! —gimió—. ¡Qué ciego estaba!

Un cadáver se introduce dentro de otro cadáver, y de la fusión de ambos surge la vida. Una vida fugaz y temblorosa. El monstruo se reanima lentamente, y no se pone en pie, porque sus extremidades inferiores no merecen tal nombre. Pero se incorpora, y con paso vacilante se aproxima a la puerta del almacén. Recorre con lentísimas y espaciosas zancadas el gigantesco y solitario estudio, mientras los vigilantes toman un café, y atraviesa las avenidas de Nueva Cork, y en seguida la polvorienta calle del Oeste. Su larga cola deja un rastro babeante. Sus temblorosas extremidades se agitan inútilmente. Unos ojos vacíos miran a través de sus ojos. Un corazón marchito yace inmóvil en medio del abombado pecho.
Una ráfaga de aire agita las carteleras del Cinema Avenida, y la fotografía de Mónica Dawson se desprende y cae sobre una terracilla. Bajo el peso del cartel, dos cables toman contacto y saltan unas chispas. La tela sobre la que está pintado el rostro de Mónica comienza a arder muy lentamente. La horrenda figura se halla ya en fronteras del barrio residencial, sede de afamados artistas de la pantalla, y los vigilantes espléndidamente pagados se adormecen a su paso o hablan por teléfono con alguna estrella solitaria. La mayoría de las ventanas no están iluminadas, pero se conoce que en casa de Mónica Dawson continúa la juerga, porque todavía hay luz.

—Ha sido nuestra noche, Richard. La película ha sido un éxito. Podemos hacer grandes cosas juntos —decía la estrella.
—¡Cómo pude creer que Charly te asediaba día y noche y amenazaba con contar toda la historia a la prensa! Sin duda creo que estaba deseando dejarme engañar.
—Lo hubiera hecho.
—¿Charly? A los pocos días tuve que escuchar de labios de su mujer que tú no le dejabas en paz desde hacía meses —comentó Richard—. Hasta que te cansaste de él y me convenciste para que... ¡Oh! —gimió el actor.
—Se interponía entre nosotros. No hubiera renunciado a mí.
—Lógicamente. Tú no dejabas de alimentar sus esperanzas con infames coqueteos.
—Ya sólo te quería a ti.
—Y me utilizaste para borrar de un plumazo una historia que te fatigaba y que podía resultar peligrosa para tu vida profesional.

—Te necesito, Richard. Quédate esta noche.
—Me necesitaste y te serví. Bien a mi pesar, lo reconozco, pero ahora que se ha estrenado la película y que ya está hecha la publicidad no quiero tener que ver nada más contigo.
—Quédate —suspiró Mónica pegándose a él. Su cuerpo era cálido y su suave aliento envolvió el rostro de Richard—. Quédate, querido —musitó.
Richard pareció ceder durante un momento al abrazo de Mónica, pero en seguida se desasió. Las facciones de la estrella se contrajeron en un gesto colérico.
—¡Vete! —gritó—. Está bien. Pero no vuelvas a acercarte a mí. Llegará el día en que me lo pidas de rodillas y yo me reiré como tú estás haciéndolo ahora —dijo, y salió de la estancia regresando a los pocos instantes con el abrigo de Richard.
La puerta de la elegante residencia se cerró violentamente y Mónica quedó sola, aunque no sin compañía.

Se puso una bata sobre el camisón y bajó a la cocina a prepararse algo de comer dándose a todos los diablos por haber concedido asueto a Perla. Después de arrojar a la basura la tortilla francesa, que resultó incomible, optó por prepararse un sándwich de jamón.
Al cerrar la puerta del frigorífico permaneció un momento silenciosa. Le pareció que alguien andaba por el salón. Sentándose ante la mesa mordisqueó distraídamente el emparedado y tomó unos sorbos de leche. El ruido de un vaso roto la hizo ponerse en pie.
En el salón todo estaba en desorden y un gran número de copas y vasos yacían por el suelo. Lo invitados los habían abandonado hasta en los lugares más inverosímiles, y seguramente alguna copa había rodado desde una estantería estrellándose contra el suelo.
Apagó la luz, cuando le pareció ver una sombra en el jardín. Algo oscuro y reluciente había cruzado frente a la ventana. Algo cuya silueta no le era del todo desconocida. Pero no se dejó intimidar por la fantasía y, despojándose de la bata , subió camino del dormitorio.
Ya entre las sábanas, maldijo a aquel cobarde de Richard. Se había burlado de ella aguardando a que todos los demás invitados se hubieran marchado. Lo calificó mentalmente de asustadizo. Nunca había pedido a un hombre que hiciera por ella lo que solicitó a Richard y estaba satisfecha del resultado conseguido, pero...
Se oyó una ráfaga de viento huracanado y un lejano relámpago iluminó el dormitorio. El cielo estaba despejado. Se acurrucó temiendo el sonido del trueno, pero en su lugar se oyó un terrible estruendo en la planta baja. Alguien había destrozado el cristal de la vidriera que daba al jardín.
Salió confusa al descansillo, pero no se atrevió a encender la luz y permaneció agazapada en la sombra unos instantes que le parecieron siglos. De pronto oyó algo que se arrastraba sobre la moqueta del salón. El piso crujía bajo el peso de quien iba aproximándose a la parte baja de la escalera. Luego comenzó a oírse una respiración anhelante y la madera de los escalones comenzó a chirriar al tiempo que se escuchaban sordas zancadas. Alguien subía lentamente.
Muda de terror, se aplastó contra la pared. Su camión blanco reverberaba en la penumbra como un atractivo señuelo. La densa oscuridad reinante

en el hueco de la escalera dejó paso a otra oscuridad más negra y vacilante. De pronto, unos ojos coléricos inscritos en un rostro de pesadilla se delinearon confusamente a pocos metros, y unos repugnantes tentáculos se extendieron hacia ella. Mónica dio un grito, y sin saber lo que hacía, se abalanzó sobre la escalera y corrió locamente hasta el segundo piso. En el descansillo de aquella planta permaneció petrificada esperando que la monstruosa aparición ascendiera a su vez, y cuando se apercibió de que la madera de los escalones chirriaba al combarse bajo el peso de la espantosa criatura, continuó escaleras arriba hasta que, sin saber cómo, se encontró en la habitación del palomar. Un viento frío penetraba a través de la amplia balaustrada que daba al jardín. La criatura continuaba ascendiendo, y Mónica, fuera de sí, se acurrucó en el ángulo más oscuro de aquel torreón abierto a todos los vientos y esperó.

El coche de Richard se detuvo junto a la fachada, y éste permaneció unos instantes meditabundo con la barbilla apoyada sobre el volante. Acto seguido salió del vehículo y se dispuso a entra de nuevo en casa de Mónica. Ya estaba calificándose mentalmente como un cobarde libidinoso cuando oyó un grito procedente del palomar.

Mónica pidió desesperada auxilio. No había escapatoria. La única salida posible era la escalera o la galería situada a tres pisos sobre el suelo del jardín. En el techo revoloteaban asustadas algunas palomas a las que la agitada carrera de Mónica había despertado.

—¡Socorro! —exclamó.

Cuando el eco de su voz se perdió, el silencio de aquella altura fue dejando paso a un sonido áspero y cadencioso. Algo se arrastraba ascendiendo por las escaleras de madera. Un fatigoso jadear era indicio de que aquello trataba de alcanzar el último piso de la residencia. Mónica permaneció en el rincón más oscuro de aquel palomar, por el que cruzaban todos los vientos, y hasta sus oídos fue llegando, cada vez más cercano, el crujido de las maderas al ser holladas por las deformes patas de la nauseabunda criatura. Simultáneamente, un arrastrarse continuo delató el fatigoso acarreo de la cola del monstruo. Los escalones se fueron hundiendo bajo el peso de aquella criatura del averno. Su respiración asmática llenó el ámbito del palomar, y se transformó en un ronco quejido ya muy cerca del piso superior. Finalmente, todo el espacio de la puerta de acceso a la habitación fue ocupado por una palpitante masa gelatinosa que se estremecía a los impulsos de agitados estertores. Mónica se sintió morir cuando la sombra de aquel ser se cernió sobre ella. El monstruo avanzó tambaleándose y emitiendo un áspero sonido que era un signo de aversión hacia aquella mujer a la que odiaba con todas las fuerzas de su corrompido corazón. Dio un paso más y abrió seis gelatinosas patas tentaculares que se adelantaron hacia la mujer. Mónica emitió un grito desgarrador al sentir el contacto de aquellas extremidades provistas de ventosas. Un segundo más y se encontraría entre los brazos de la criatura.

De pronto se oyeron pasos en la escalera. Alguien subió precipitadamente el último tramo, y Richard hizo su aparición en la puerta del palomar. Pero vaciló un segundo, lo que le resultó fatal. La monstruosa criatura extendió uno de los tentáculos y golpeó con tal

fuerza al actor que, lanzándolo contra la balaustrada, hizo que se precipitara en el vacío, estrellándose contra el pavimento tres pisos más abajo.

Mónica, al ver que a través de los ojos del monstruo la miraban los ojos de Charly, emprendió una veloz carrera y se arrojó a través de la descompuesta balaustrada yendo a caer a escasos metros de donde se encontraba el cadáver de Richard.

Algunos automóviles redujeron su marcha al pasar frente a los escombros de lo que fuera el Cinema Avenida. Un retén del cuerpo de bomberos montaba guardia junto a las cenizas humeantes de la sala que, la noche anterior, había sido escenario de una elegante «première». Entre los restos de la fachada todavía podía verse un fragmento del cartel anunciador de la película proyectada, y debajo del dibujo de un ser de pesadilla se podía leer. «Charly Robinson en el papel de *El Monstruo*».